

La narrativa de descolonización de la ayuda al desarrollo

¿Son las narrativas no-occidentales el tema realmente importante?

Themrise Khan

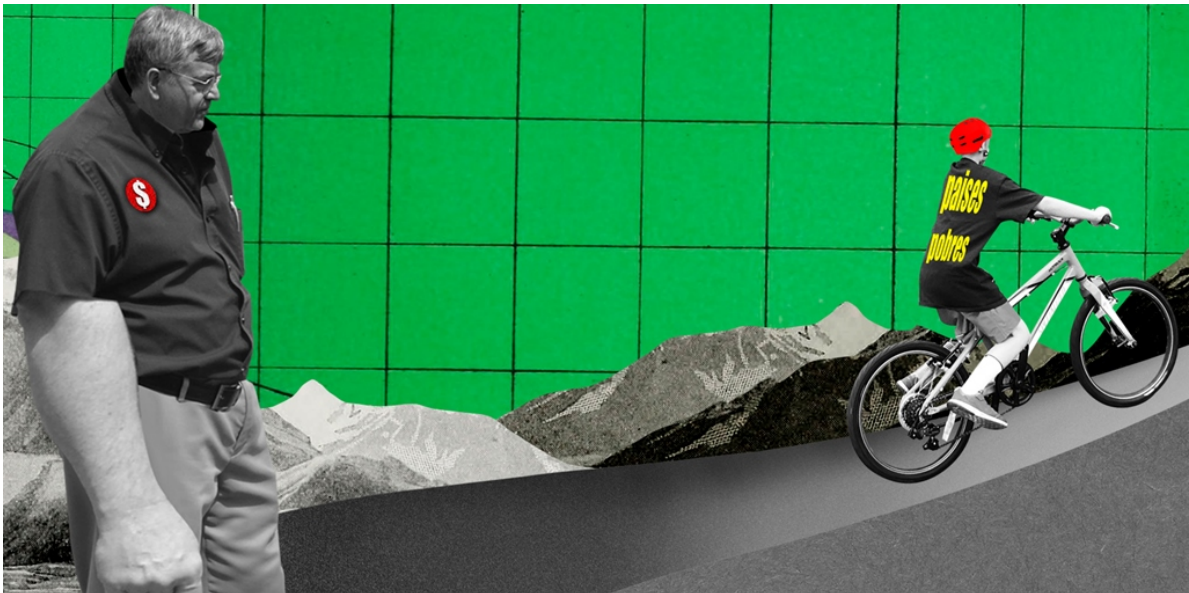


Ilustración: [Hansel Obando](#)

Hay que decir, de entrada, que discrepo de lleno con la aplicación del término descolonización en el sector de la ayuda al desarrollo. En un artículo anterior, que publiqué en *Open Democracy*, titulado “[Decolonization is a comfortable buzzword for the aid sector](#)” (La descolonización es un término popular y cómodo para el sector de la ayuda), explico detalladamente por qué no estoy de acuerdo. La cuestión, en mi opinión, no es si hay que encontrar una alternativa a la descolonización de la narrativa de la ayuda, un tema que se debate ampliamente tanto en contextos occidentales como no occidentales. Más bien, se trata de saber si el concepto de descolonización es un planteamiento adecuado para cuestionar las percepciones de la ayuda al desarrollo que predominan en Occidente. Yo diría que, teniendo en cuenta los orígenes históricos de la descolonización, que se remontan a la Europa del siglo XIX, la descolonización tiene un papel muy escaso en los esfuerzos por tratar de liberar el sur global de la dependencia financiera del norte global.

Este desequilibrio financiero entre el proveedor y el receptor de la ayuda es el que define la

ayuda al desarrollo tal como lo entendemos hoy día. La ayuda al desarrollo, como también su equivalente más atroz, la ayuda fiscal, que proporcionan instituciones como el FMI, tienen una composición similar a la del régimen colonial europeo y británico, a causa del intenso dominio que ejercieron sobre países con mucha menos riqueza y recursos al alcance (en su mayoría antiguas colonias) que sus poderosos homólogos del norte. Como tal, se parece al colonialismo en muchos aspectos. Quizás por eso el término descolonización ha hecho tanta fortuna en el sector.

Pero mi argumento se basa en el hecho de que, aunque es una herramienta nacida al calor del colonialismo occidental, la ayuda al desarrollo no es un acto de colonialismo. Más bien, lo que pretende es imitar las estructuras coloniales en un mundo postcolonial. Por lo tanto, resulta irrelevante descolonizarla o eliminar los constructos coloniales, porque la estructura sobre la cual se construye es muy diferente de la de su predecesor histórico, cuando menos en teoría. Es muy importante hacer esta distinción cuando se habla de descolonización.

Por una parte, el proceso de descolonización propiamente dicho surgió como consecuencia del final del dominio colonial británico a mediados de siglo XX, un periodo que no fue en absoluto tranquilo ni exento de violencia y conflictos. Los países se descolonizaron porque los colonizadores se acabaron retirando. Más exactamente, en la mayoría de los casos se vieron obligados a marcharse a causa de la resistencia de los colonizados, ya que los colonizadores probablemente se habrían quedado mucho más tiempo si hubieran tenido la oportunidad.

Por otra parte, el sector de la ayuda al desarrollo, tal como lo conocemos, tiene sin duda sus orígenes en el mundo postcolonial después del final gradual de la colonización, en particular en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero, a diferencia de la colonización, no se puede afirmar de manera clara que la ayuda se impusiera necesariamente por la fuerza en las antiguas colonias, ni tampoco que se invadieran los países y, como resultado, se saqueara la riqueza económica. De hecho, muchas de las naciones postcoloniales que se acababan de independizar necesitaron algún tipo de apoyo internacional para poder reconstruir sus economías. Y no todo llegó en forma de ayuda. Por ejemplo, poco después de la partición del subcontinente indio en 1947, cuatro quintas partes de toda la ayuda extranjera al nuevo Estado del Pakistán no procedía de su antiguo colonizador —el Reino Unido—, sino de los Estados Unidos, y casi el 75% de esta ayuda no llegó en forma de dinero en efectivo, sino como excedente de productos agrícolas [1].

La ayuda es un sistema muy influido por el final del colonialismo y fruto de este. Pero en muchos aspectos ha ido adquiriendo una vida propia e independiente con respecto a sus modalidades y funcionalidades

En este sentido, la ayuda es un sistema muy influido por el final del colonialismo y fruto de

este. Pero en muchos aspectos ha ido adquiriendo una vida propia e independiente con respecto a sus modalidades y funcionalidades. La ayuda es también un acuerdo formal entre dos o más países independientes, y no una ascensión violenta de control de un país sobre el otro. Es cierto que gran parte de esta ayuda económica va acompañada de condiciones, como las que imponen al FMI y los reembolsos de los préstamos del Banco Mundial. Pero enmarcar el debate sobre las desigualdades de poder entre el donante y el receptor de la ayuda como una causa para la descolonización es hacer un mal servicio tanto al valor histórico de la descolonización como a la manera en que tendríamos que abordar realmente la cuestión de la dependencia de la ayuda en los países del sur global. Es decir, no para liberarnos de la influencia colonial, sino más bien para tener el control de nuestros procesos de toma de decisiones y así aumentar la autonomía frente de nuestros homólogos del norte. Se trata de afirmar nuestra independencia, no nuestra dependencia.

¿Por qué la ayuda?

Si queremos entender realmente como abordar las desigualdades que la ayuda al desarrollo ha perpetuado a lo largo de los años y buscar esta autonomía, nos tenemos que plantear dos preguntas: ¿en primer lugar, es todavía necesaria y/o útil la ayuda? Y, en segundo lugar, ¿podrá acabar algún día?

Con respecto a la primera pregunta, utilizaré un ejemplo de mi experiencia personal como profesional de la ayuda durante casi treinta años y como mujer del sur global: la igualdad de género. Empecé mi carrera en el Pakistán de los años noventa, en una época en que los derechos de la mujer eran un punto clave de la agenda del desarrollo, gracias a la Plataforma de Acción de Pekín. Desde entonces, los donantes internacionales han destinado decenas de millones de dólares a la igualdad de género en Pakistán y en otros países. Pero hoy seguimos luchando exactamente por los mismos derechos, y además nos enfrentamos a luchas más nuevas e incluso más peligrosas. Pakistán ocupa ahora el sexto lugar en la lista de países en que es más peligroso ser una mujer y se sitúa en el número 153 de un total de 156 en el Índice Global de Desigualdad de Género. Para muchas de nosotras, en todos los espectros de renta y clase social, es un crimen haber nacido mujer.

Estos contextos ponen en duda la necesidad y la utilidad de la ayuda. Aunque la ayuda no ha sido nunca la solución de los problemas a los cuales nos enfrentamos en el sur global —y no lo será nunca por sí sola— tampoco ha profundizado en la caótica y sórdida realidad de la mayoría de los países. Por ejemplo, no ha sido capaz de abordar el sistema de *jirga* tribal (un tribunal tribal exclusivamente masculino) que considera a las mujeres como una propiedad. O los crímenes de honor. O las leyes hereditarias. Recuerdo que las agencias de ayuda me decían que estas cuestiones no las podían solucionar sus programas —al menos no directamente— a causa de las sensibilidades políticas y culturales que suscitaban. Y por eso, estos problemas endémicos se han mantenido intactos a lo largo de los años, hasta el punto de que ahora amenazan nuestra integridad física.

La ayuda al desarrollo ha tratado todos estos temas de manera superficial (o no los ha tratado en absoluto), lo cual cuestiona la eficacia y la utilidad como herramienta para el

cambio positivo. ¿Si la ayuda apenas es capaz de fregar la superficie de los problemas clave que afectan a muchas de nuestras sociedades, de las que sirve? En este caso, la necesidad de la ayuda se vuelve redundante a causa de su inutilidad [2].

Para responder a la segunda pregunta sobre el final de los programas de ayuda, tenemos que fijarnos en la perpetuidad de la ayuda por todo el mundo. Entre los años 2010 y 2019, la ayuda oficial al desarrollo (AOD) pasó de 128.000 millones a 156.000 millones de dólares como resultado de la reducción de las subvenciones y el aumento de los préstamos. La ayuda humanitaria creció, mientras que los compromisos con la pobreza extrema disminuyeron[3]. Se trata de meras fluctuaciones. Incluso en el mundo post-COVID, en el que las ayudas han disminuido a causa de las prioridades nacionales, como los recortes masivos de la ayuda que han tenido lugar en el Reino Unido, no hay indicios de que los programas tengan que acabar pronto. Puede ser que tengan un aspecto diferente, pero, en todo caso, actualmente lo que se pide es que aumenten.

Por otra parte, también abundan en la literatura los ejemplos de China, India y Sudáfrica como países que ya no reciben el AOD [4]. A partir de estos casos, se podría argumentar que es posible poner fin. Sin embargo, estos ejemplos crean una falacia sobre el “final de la ayuda”, ya que son estos mismos países los que se han convertido en donantes. La idea no tendría que ser sustituir los países donantes por unos nuevos, sino cambiar el sistema de ayudas por unas relaciones más equitativas basadas en las demandas económicas y políticas mutuas de los países donantes y receptores.

Para responder a estas dos preguntas, lo importante no es averiguar si la ayuda es inútil y por qué los donantes siguen proporcionándola. Sabemos que hay temas subyacentes de poder y control. Más bien, lo que haría falta plantear es por qué el sur global sigue aceptándola. ¿La influencia colonial es lo que perpetúa la necesidad de la ayuda por parte de los otros o se trata de una necesidad artificial creada para garantizar la perpetuación en un mundo postcolonial? El caso de Afganistán es al mismo tiempo actual y adecuado en este sentido. Un estudio sobre la ayuda proporcionada por Canadá a Afganistán durante los últimos veinte años ha señalado que “los países donantes a menudo han tomado decisiones sobre las prioridades de desarrollo en detrimento de la representación plena de las verdaderas necesidades y prioridades de la población afgana” [5]. Así, la ayuda era necesaria porque se creó una necesidad como resultado de un conflicto internacional que traspasó fronteras, y esta misma necesidad se mantuvo viva por las exigencias de los donantes y no por las demandas de las poblaciones afectadas.

¿La influencia colonial es lo que perpetúa la necesidad de la ayuda por parte de los otros o se trata de una necesidad artificial creada para garantizar la perpetuación en un mundo postcolonial?

De este y de otros casos similares se desprende que el norte mantiene viva la narrativa de la ayuda mediante el control sobre la geopolítica global. ¿Pero entonces, qué papel tienen

los países receptores? A diferencia de la época colonial, actualmente muchos países tienen autonomía política como naciones independientes para decidir cuáles son sus prioridades. Y, por otra parte, hace décadas que hay un culto a la resistencia contra este control. ¿Por qué no lo utilizamos para oponernos?

¿Por qué no la descolonización?

La descolonización como expresión de la resistencia contra las modalidades de compromiso del norte con el sur, o más exactamente, como la falta de compromiso con el sur, se ha popularizado en toda una serie de sectores, hasta el punto que ha dado lugar a lo que Moosavi ha llamado “el vagón descolonial de la descolonización intelectual” [6]. Sin embargo, como señala el mismo autor, “la descolonización intelectual del norte global se puede calificar de *nortecéntrica*, por la manera como la academia ignora a los estudiosos de la descolonización que pertenecen al sur global”, lo cual, en consecuencia, promueve la colonización intelectual en vez de desmantelarla. Moosavi enumera a una gran cantidad de expertos de América Latina, África y Asia que han cuestionado el debate de la descolonización desde la década de 1970. No obstante, estos argumentos casi nunca han sido recogidos por los académicos del norte, y mucho menos todavía por los países donantes, en sus intentos de desmantelar los rasgos coloniales que persisten en las estructuras de ayuda al desarrollo.

Como resultado, las narrativas dentro del sector de la ayuda al desarrollo no tienen una comprensión real de los discursos intelectuales que se presentan en las regiones y los países que suelen ser receptores de la ayuda. Eso no sólo genera una desconexión dentro del debate mismo, sino que, además, demuestra que las instituciones del norte global no están interesadas en lo que dice el resto del mundo. Porque si los donantes del norte escucharan de verdad otras voces más allá de las suyas, serían más conscientes de los diversos llamamientos a la resistencia que ha articulado el sur global contra la perpetuación de la erudición occidental sobre las vidas no occidentales.

De la misma manera, los debates sobre la descolonización de la ayuda no se pueden separar del debate sobre la localización, un concepto que también considero inapropiado, como señalo en *The New Humanitarian*. El término “local” siempre ha tenido connotaciones despectivas en el sector de la ayuda, por ejemplo, cuando se habla de los empleados “locales” de las instituciones internacionales de ayuda en los países donde trabajan, o de los “beneficiarios locales” de un determinado país receptor. En vez de considerarlos ciudadanos independientes y autónomos de un país, el término crea una sensación de alteridad, como si nosotros no tuviéramos historias, capacidades o prácticas independientes.

Igualmente, la etiqueta *#shiftthepower* de Twitter, que ha surgido a raíz del discurso de la descolonización de la ayuda, no habla de cómo se desplazará el poder, y lo que es más importante, tampoco de cuándo lo hará. Además, desplazar el poder no significa renunciar del todo, sino mantener intacta una parte, tal como implica también el concepto de localización [7]. Sin embargo, si las instituciones de ayuda conservan los elementos que

comportan más control del poder, entonces el desplazamiento no tiene sentido.

El hecho de que los países en los cuales opera la ayuda ya no estén colonizados, en realidad otorga a estos últimos el derecho legal y moral de rechazarla

No hay duda que estas nociones de descolonización, localización y cambio de poder siguen estando muy influidas por el norte, que pretende mantenerse en el poder. Ahora bien, el hecho de que los países en los cuales opera la ayuda ya no estén colonizados, en realidad otorga a estos últimos el derecho legal y moral de rechazar la ayuda, o al menos de controlar la asignación y el uso, sin fuerza ni coacción. Abordar la cuestión de por qué los estados no miran hacia dentro para ver cómo pueden reducir su dependencia de la ayuda, sino que, al contrario, siguen aceptándola, es un tema que requiere ampliar nuestro ámbito de investigación más allá de la influencia colonial.

¿Qué falta?

Para poder entender críticamente el concepto de descolonización de la ayuda —si es que se puede—, es importante analizar no sólo las actitudes del donante, sino también las del receptor. Hay muchas cuestiones que están ausentes en este discurso y que hacen difícil racionalizar el uso del argumento de la descolonización.

La descolonización no consiste simplemente en el hecho de que las potencias postcoloniales occidentales controlen los estados postcoloniales no occidentales. Muchas antiguas colonias muestran ahora tendencias coloniales y exacerban las desigualdades de poder en sus países; por ejemplo, discriminando —a menudo con medios violentos— las minorías étnicas y religiosas, ejerciendo un control feudal, la corrupción económica o instaurando dictaduras políticas. Si queremos hablar de descolonización, no podemos ignorar los ejemplos de cómo se manifiesta el abuso de poder fuera del norte global.

Asimismo, la *colaboración para el desarrollo del sur con el sur* se basa en la premisa falsa que, por el solo hecho de pertenecer a un contexto geográfico determinado, todo el mundo se avendrá. Eso es cierto en la medida en que los países se puedan enfrentar colectivamente al dominio del norte. Pero también hay muchas desigualdades de poder dentro de las regiones del sur global basadas en variables geopolíticas y económicas, como la historia, la riqueza y el estatus político global.

Lo que tampoco aborda la descolonización de la ayuda es la *securitización de la asistencia a la ayuda* y la ayuda militar que el norte proporciona a muchos países. El hecho de que la ayuda militar no se incluya nunca en las estadísticas relativas a la ayuda al desarrollo es una omisión consciente hecha para ocultar el alcance de la influencia que tienen los países del norte en la política exterior y la geopolítica del sur. El apoyo a los regímenes militares,

como también la venta de armas por parte de las potencias del norte en los países del sur, es una parte importante de los flujos financieros mundiales, que después se intenta compensar con la ayuda al desarrollo destinada a los mismos países que son víctimas del control militar. Es intrínsecamente deshonesto separar estas dos formas de ayuda cuando están tan inextricablemente unidas.

La lengua y su impacto en las relaciones entre quien concede la ayuda y quien la recibe es una cuestión clave cuando se habla de desequilibrios de poder. He escrito que la misma palabra descolonización es intraducible en muchas de las lenguas de las antiguas colonias, ya que es el Occidente mayoritariamente anglófono el que lidera el discurso. Incluso el léxico que se utiliza forma parte de la lengua de los antiguos colonizadores. Sin embargo, si se centrara en las diferentes lenguas de los antiguos colonizados, el debate sobre la ayuda y el poder podría dar un giro sorprendente hacia los que reciben la ayuda y les permitiría ejercer el mismo control.

Las narrativas occidentales sobre la descolonización de la ayuda no tienen sentido si no tienen en cuenta que la geopolítica actual y la lucha por la supremacía mundial son ahora mucho más complejas que la historia del colonialismo

Las narrativas occidentales sobre la descolonización de la ayuda no tienen sentido si sólo se centran en la historia colonial como trampolín, sin tener en cuenta que la geopolítica actual y la lucha por la supremacía mundial son ahora mucho más complejas que la historia del colonialismo. E incluso si nuestro objetivo clave fuera librarnos de la historia colonial, la comprensión colonial de cómo hacerlo es extremadamente vaga y arbitraria. Por ejemplo, hay mucha gente en el sector de la ayuda del norte que equipara descolonización con cambio institucional y de sistema, incluyendo reformas en la gestión de los programas, evaluación, contratación, etc. Pero estas reformas no tienen nada que ver con la descolonización, ya que son simples modalidades dentro de una estructura más amplia. Estos “cambios” no sirven de nada si no van precedidos de una resistencia contra el mismo sistema de ayuda. Y esta resistencia tiene que venir de fuera del norte.

Seguir avanzando

La Operación Legado fue un programa de destrucción sistemática y conservación secreta de miles de documentos del Imperio Británico y de sus dependencias coloniales al principio de la descolonización en 1948. Delante de la presión del fin del Imperio, Gran Bretaña se enfrentó a la decisión de qué documentos tenía que entregar a los nuevos estados independientes y cuáles tenía que conservar [8]. Incluso entonces, la potestad de decidir cómo se vería la historia en el futuro continuaba en manos de los colonizadores.

¿Cómo queremos, pues, que se recuerde nuestra historia actual? ¿A través de las voces de

los que nos proporcionan la ayuda o de nuestras propias voces, que pueden ser mucho más matizadas y responder a la realidad de nuestra vida?

De hecho, la descolonización va mucho más allá de instituciones superficiales como la ayuda al desarrollo y se adentra en el ámbito de la producción de conocimientos diseñados únicamente por y para el público europeo. El estudioso y académico Priyamvada Gopal afirma que “al abordar la descolonización hoy día, no buscamos necesariamente replicar o imitar las épocas [anticoloniales]. El hecho de resituar los debates sobre la descolonización a la luz del pensamiento anticolonial les otorga fundamento y peso [histórico]. En este sentido, plantear preguntas es tan importante como encontrar respuestas” [9].

Y es por eso que las afirmaciones y los argumentos de este artículo se han formulado como un conjunto de preguntas que nos tenemos que hacer, y no como una serie de sugerencias o soluciones. Preguntas que nos tenemos que plantear para ser capaces de reducir, controlar o en última instancia poner fin a nuestra dependencia de la ayuda, si eso es lo que queremos *colectivamente*. No nos interesa saber si el colonialismo todavía existe en una nueva forma, sino responder preguntas como: ¿es importante la ayuda? ¿Es necesario que la recibamos? ¿En este caso, para qué exactamente? ¿Y de quién? ¿Nos tenemos que resistir? ¿Si es así, cómo? ¿Y si no, por qué?

Las llamadas a incluir más perspectivas procedentes de los países receptores sólo se han empezado a sentir con bastante finos ahora, aunque forman parte del discurso desde los años noventa [10]. Ante este panorama, en vez de centrarse en la descolonización de la ayuda, lo que hay que abordar es como dos países pueden entablar una negociación justa y equitativa para discutir sus condiciones con respecto a la ayuda sin abusos de poder por parte de los donantes.

La descolonización en el sentido más estricto, si se aplica a cualquier situación, no emana del colonizador sino del colonizado. En el caso de la ayuda al desarrollo, la cuestión no es absolver a los donantes del norte de sus abusos de poder, sino más bien que el impulso del control provenga de los que se encuentran en el extremo receptor. Un impulso que cuestione las estructuras de la ayuda, su finalidad, sus usos y sus modalidades. Cuando eso pase, tal vez podremos empezar a hablar de la descolonización de la ayuda.

REFERENCIAS

- 1 — Alavi, H. and Khusro, A. (1970) «Pakistan: The burden of US aid» a Rhodes, R.I. (ed) *Imperialism and Underdevelopment: A Reader*. Nueva York: Monthly Review Press, pp 62-77.
- 2 — Se puede aplicar este ejemplo a muchos otros ámbitos de la ayuda, como la sanidad, la enseñanza, las reformas agrarias, la gobernanza democrática, etc. Si no se reconocen y se abordan las anomalías históricas existentes en estos ámbitos, la ayuda nunca los podrá reformar de manera significativa.
- 3 — Las cifras posteriores a la COVID muestran, obviamente, niveles dramáticos de cambio en los flujos de ayuda, pero no les abordaremos en este artículo.

- 4 — La India sigue recibiendo AOD, pero su porcentaje ha disminuido constantemente en las dos últimas décadas.
- 5 — Se puede hacer una acusación todavía más condenatoria de la ayuda proporcionada por los Estados Unidos a Afganistán si se tiene en cuenta su papel en el conflicto que hace décadas que dura.
- 6 — Moosavi, L. (2020) «The decolonial bandwagon and the dangers of intellectual decolonisation», *International Review of Sociology*, 30:2, 332-354.
- 7 — La localización exige que un porcentaje específico de la financiación de los donantes se asigne a las organizaciones receptoras del país. En realidad, no transfiere ninguna potestad de toma de decisiones totalmente a la organización receptora.
- 8 — Sato, S. (2017) «'Operation Legacy': Britain's Destruction and Concealment of Colonial Records Worldwide», *The Journal of Imperial and Commonwealth History*, 45:4, 697-719.
- 9 — Gopal, P. (2021) «On Decolonization and the University», *TEXTUAL PRACTICE 2021, VOL. 35, NO. 6*, 873-899.
- 10 — Bhattacharya, D. and Khan, S.S. (2020) «Rethinking Development Effectiveness: Perspectives from the Global South», *Occasional Paper Series 59*. Southern Voice.

**Themrise Khan**

Themrise N. Khan es investigadora y analista independiente especializada en desarrollo internacional, género y migraciones globales. Cuenta con una trayectoria de más de 25 años de experiencia trabajando con agencias bilaterales y multilaterales, además de ONG nacionales e internacionales y organizaciones de la sociedad civil en Pakistán, Asia del Sur y Canadá, entre ellas DFID UK, Global Affairs Canada, la Organización Internacional del Trabajo, la Agencia de Naciones Unidas para las Migraciones, el Centro Internacional para el Desarrollo de Políticas de Migración y la Asociación Mundial del Conocimiento del Banco Mundial sobre Migración. Profesionalmente, se ha centrado en la investigación cualitativa, análisis y evaluación de políticas. Actualmente escribe, habla y asesora activamente a la comunidad de ayuda al desarrollo mundial sobre nociones de descolonización, desequilibrios de poder norte-sur, las relaciones raciales, ciudadanía e integración.